

Jacko Saparrago... Es posible que mi nombre os suene de algo. Sí, es por mi primo Jack Sparrow, el de Piratas del Caribe. Pero sabed que aunque él se ha llevado la fama yo fui mejor pirata. De hecho, a mí me ofrecieron protagonizar la película pero la rechacé porque en ese momento estaba ocupado en capturar una flota española. Mi historia podéis leerla en los documentos que generó el juicio que me hicieron cuando me apresaron. Por eso un grupo de amigos me ha pedido que presente este capítulo dedicado a la historia que cuentan los archivos. Así que he accedido con la condición de que se hablase de piratas... Y claro, ¡han aceptado!



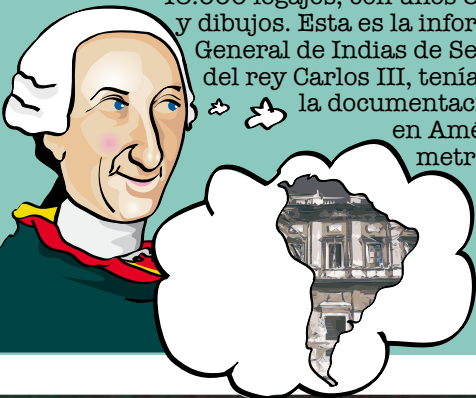
BUCEANDO EN LOS ARCHIVOS

¿Sabéis dónde comienza la misión del arqueólogo subacuático?

Pues suele comenzar lejos del mar, en un sitio tan tranquilo como una biblioteca o en un archivo. Y es que previo al comienzo de cualquier actuación arqueológica es imprescindible la realización de un trabajo de documentación con el objetivo de encontrar todas las fuentes de información que, tanto escritas como orales, haya sobre la zona en la que se va a actuar. Por eso el lugar de trabajo de un arqueólogo está también rodeado de antiguos libros y documentos sacados de archivos, bibliotecas o hemerotecas donde se depositan escritos que pueden contener información sobre el patrimonio subacuático. La clave de este proceso es la paciencia y poner mucha atención en lo que se ve para que no se escape nada de nada...

Escondido en los archivos

América en un edificio



43.000 legajos, con unos 80 millones de páginas y 8.000 mapas y dibujos. Esta es la información que se puede encontrar en el Archivo General de Indias de Sevilla. Creado en 1785 por deseo del rey Carlos III, tenía el objetivo de centralizar en un único lugar la documentación relacionada con las colonias españolas en América. Los legajos proceden de los organismos metropolitanos encargados de la administración de las colonias y entre toda la información se puede encontrar numerosas referencias de pecios todavía no localizados. Sólo es cuestión de buscar y buscar...

El taxista y el arqueólogo



El arqueólogo C. Westerdahl andaba metido en una de sus investigaciones cuando cierto día tomó un taxi en la ciudad sueca de Dalara. En una de esas cotidianas conversaciones con el conductor, mencionó su profesión. Entonces el taxista recordó una historia que le solía contar un viejo marinero de la zona y que hablaba de un naufragio de dos buques en las cercanías de Jutholmen del que había oído hablar en su juventud. El dato supuso un hallazgo fenomenal: en dicho lugar se encontraron restos de buques correspondientes a finales del siglo XVII e inicios del XVIII. Todo ello confirma la gran importancia de las tradiciones orales y leyendas para este trabajo.

Mirando mapas

Además de la información histórica es muy importante recopilar datos proveniente de mapas antiguos. En las vetustas cartas náuticas se puede encontrar información muy valiosa sobre cómo era la costa en un momento determinado de la historia, las edificaciones que existían, los pasos especialmente difíciles para la navegación o los fondeaderos, lugares todos donde hay más probabilidades de encontrar restos arqueológicos.

Los nombres nos hablan

Bajo del tesoro, Bahía de la nave perdida o Rompetimones. Así de evidentes pueden ser las denominaciones de algunos topónimos, nombres de ciertos lugares que muchas veces han quedado marcados por algún acontecimiento del pasado o por ser un lugar especialmente difícil para la navegación. Incluso en algunas ocasiones el sitio ha recibido el nombre del barco naufragado, como es el caso del actual Bajo de San José en Panamá, donde se hundió el galeón español del mismo nombre en 1636. Este rastreo de las toponimias a veces puede ser decisivo a la hora de encontrar los restos.

Datos y más datos

Kilómetros de información

Si pusiéramos en línea recta todos los 43.000 legajos del Archivo General de Indias recorrerían un total de ocho kilómetros. Se trata de mucha información y por ello los investigadores vuelcan estos datos provenientes de archivos y bibliotecas en potentes bases de datos informáticas que no solo permiten el almacenamiento de un gran volumen de referencias, sino que también facilitan su recuperación e incluso la consulta de la fuente original.



Arqueología “digital”

¡La era digital también ha llegado a la arqueología! Prueba de ello es que hoy día es común el uso de los Sistemas de Información Geográficos o SIG. Éstas son aplicaciones informáticas hechas para manejar grandes cantidades de información que llevan asociadas una posición sobre la Tierra. Por eso se usan en arqueología, ya que los datos son de carácter tanto espacial (están en algún lugar de la Tierra) como temporal (pertenecen a un periodo histórico).

En estos programas se incluyen datos como la localización de naufragios, lugares peligrosos para la navegación, nombres geográficos del litoral, profundidades, naturaleza del fondo marino u obras marítimas. Todo ello con el objetivo de facilitar a los arqueólogos el análisis y la gestión de una determinada área arqueológica.



Una de piratas

Piratas vs corsarios

Es posible que alguna vez te hayas preguntado qué diferencia hay entre un pirata y un corsario.

La clave es que, mientras que los piratas eran ladrones por cuenta propia, los corsarios disfrutaban de la llamada patente de corso que era concedida por un rey para que atacaran buques de países enemigos. Usaban la bandera de su país y dividían el producto del saqueo con el monarca, que se quedaba con la mayor parte. Era una especie de piratería subvencionada por las monarquías.



La traición al Capitán Kidd

Era el terror del Caribe y se le conocía como Capitán Kidd. Junto a su tripulación, ha sido acusado de todos los crímenes atribuibles a un pirata. Su memoria permanecía sumergida en su amado océano hasta que un grupo de arqueólogos encontró los restos del navío *Quedagh Merchant*, que Kidd y sus secuaces habían capturado cuando iba repleto de sedas y satenes, oro, plata y otras mercancías procedentes de la India. Kidd dejó el buque en el Caribe mientras navegaba a Nueva York pero los hombres a los que encargó la custodia del navío se llevaron todo el botín y le prendieron fuego frente a las costas de la Isla Santa Catalina, en la República Dominicana. Ahora, más de 300 años después han decidido convertir este buque pirata en un original museo subacuático.



El tesoro del Whydah

Ansioso por hacerse rico, el joven Sam Bellamy optó por la manera más rápida de conseguirlo en el siglo XVIII: hacerse pirata. Sam pronto consiguió llegar a capitán, para concentrar su atención en la captura del *Whydah*, un veloz barco destinado al comercio de esclavos. En posesión de este buque apresó otros 50 barcos más, haciendo del *Whydah* una especie de museo flotante repleto de tesoros. Pero un día el barco fue sorprendido por una fatal tormenta que lo sepultó en el fondo del océano, donde permaneció oculto durante siglos. Tras seis años de intensa búsqueda un grupo de arqueólogos subacuáticos descubrió sus restos y ha recuperado más de 1.000 objetos.

Piratas a pique

Cualquier cuento de piratas tiene un final. Y por lo general, para todo bucanero que se precie la historia acaba en el fondo del mar. Precisamente fue ahí, en la isla venezolana de Las Aves donde un grupo de arqueólogos encontró una flota de barcos bucaneros y embarcaciones de guerra francesas. Todo ocurrió la noche del 11 de mayo de 1678, cuando una escuadra de 35 buques de guerra franceses y piratas contratados como mercenarios y que se proponía conquistar la isla holandesa de Curazao, chocó contra un arrecife de coral. Hasta 18 naves se hundieron y cerca de 500 hombres se ahogaron. Otros 1.000 murieron de hambre y enfermedades tras ser abandonados en isla. Entre los restos encontrados está el pecio del *Le Terrible*, un majestuoso barco tripulado por 500 hombres y armado con 70 cañones.

